

SUSCRIPCIÓN
 Por un mes . . . \$ 1.00
 » semestre . . . 5.50
 » año . . . 10.00
 Número suelto . . . 0.01
 » atrasado . . . 0.10

EL DIARIO

POLÍTICO Y NOTICIOSO -- EDICIÓN DE LA TARDE

PROPIETARIO: MANUEL CORREA Y ARRIAGA

IMPRESIÓN
 DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
 CALLE 1ª DE MAYO N.º 41 D.
 (PLAZA ZABALA)

PARA CUALQUIER ASUNTO QUE SE RELACIONE CON ESTA PUBLICACIÓN, VERSE DIRECTAMENTE CON EL ADMINISTRADOR, QUIEN PROPORCIONARÁ TODOS LOS DATOS QUE SE LE PIDAN.

LOS AVISOS SE RECIBEN HASTA LA UNA DE LA TARDE.

EL DIARIO

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 23 DE 1880

Ambiciones é Intrigas

Desde que la nación se ha declarado libre é independiente con amplias facultades de nombrar constitucionalmente los Poderes Públicos; nunca hubo como en la actualidad más empeño ni más interés para poder proveer quien será el Jefe del Poder Ejecutivo.

No hay círculo ni individuo mezclado en política que no se crea autorizado á proclamar el triunfo del candidato A. ó B. y á dar cuenta de lo que quieren hacer L. ó H. que no hacen nada, y de lo que se piensa que harán P. ó Q. que jamás pensaron hacer cosa alguna.

Son ecos, confusiones de todas las suposiciones, de todas las esperanzas, de todos los proyectos.

Nosotros que después de los Profetas de antiguo testamento, no tenemos fé alguna en los hombres que pretenden pronosticar el porvenir; nos guardaremos muy bien de hacer cálculos alegres y vaticinios al aire libre sobre el triunfo de candidaturas que de la noche á la mañana pueden escapar sin entrar tampoco en las combinaciones de última hora hechas por el Cuerpo Legislativo.

Pero sí es lícito emitir una opinión franca é imparcial, parecemos que la Presidencia de la República, no sería tan codiciada si el primer Magistrado fuese lo que debe ser con arreglo á la Constitución y á nuestros usos y costumbres de pueblo democrático.

Ampliáremos un poco nuestro concepto. Si el Presidente de la República fuese un hombre modesto y conforme con su sueldo como Don Joaquín Suárez; sólo el patriotismo podría inducirlo á aceptar el puesto.

Si el primer Magistrado de la República administrase las rentas nacionales como Don Bernardo, P. Berro; no habría tantos interesados para subir al Poder.

Si el Jefe de la nación fuera un hombre bien intencionado y parco como el General D. Venancio Flores; no jugarían tantas intrigas para hacerse discernir un cargo que tiene muchas y graves responsabilidades ante los gobernados y ante la historia.

Si el Presidente de la República se propusiese hacer una administración honrada como la de D. Tomás Gómez; sólo el poder tendría pocos, muy pocos alhagos.

Si el Jefe del Poder Ejecutivo se limitase á gobernar pura y exclusivamente con la Constitución como D. José Ellauri; los aspirantes á la presidencia no se plegarían á ciertos elementos que le inducirían á abrazar la carrera del despotismo, del despallero y de la tiranía.

Podríamos prolongar un poco más esas comparaciones; sin embargo los ejemplos citados son suficientes para probar que si el Presidente de la República fuese un individuo que solo se propusiese gobernar por el bien del país y de la libertad, no se verían tantas intrigas y juegos que no tienen más objeto que el de preconizar

una candidatura cuyo triunfo se ve á través de una nebulosa lejanía por los mismos intrigantes.

Ejercen un derecho que estamos muy lejos de disputarles; pero nosotros también ejercemos una facultad legítima, repitiendo que ese triunfo sería fatalísimo por la clase de intereses que se cultivan bajo el estrado superficial de un falso patriotismo.

En el Asilo de Mendigos

Con motivo de una denuncia que en nuestro número del viernes hicimos sobre irregularidades de carácter grave que se nos aseguraban se cometían en el Asilo de Mendigos establecido en la Unión, galantemente invitamos por miembros de la Comisión de Caridad, ayer hicimos una visita minuciosa á ese establecimiento en compañía del Sr. Don Juan Jackson, presidente de dicha Comisión; y del Sr. Héctor Lacueva secretario de la misma.

Mucho nos extrañaba que en la época actual, en que aquella comisión está compuesta por caballeros tan respetables como los señores Juan Jackson, Miguel Alvarez, Fernando Torres, Juan R. Gómez, U. Chucarro, E. Mac-Rachen, General Pérez, F. Goyochet, Lucio Piñeyro, Hopsi Lufone, P. Giribaldi, F. Martínez, S. Baparda, P. Niu, Zou Fernandez, Y. Garraicochea, P. Bajareo, M. Lessa, Pedro Lamas, L. de la Torre, y P. Echegaray pudieran cometer las irregularidades á que nos referimos en la denuncia.

Es sabido que durante la administración de esa comisión se han aumentado considerablemente las rentas de que dispone, empleándose sus productos en reformas y mejoras de utilidad en los edificios á su cargo, ó haciéndose construir otros reclamados por el aumento de población de esta capital.

Actualmente la Comisión tiene á su cargo 10 establecimientos distintos que son Hospital de Caridad, Asilo de Expositos y Huérfanos, Manicomio, Escuela de Artes y Oficios, Asilo de Mendigos y cuatro Asilos Maternales, para concurrencia de la niñez de las familias menesterosas.

Se sabe, además, las obras nuevas que han llenado á cabo en estos últimos tiempos ya en el Hospital, en el Manicomio que se ha ensanchado, la construcción del edificio para la lotería, la del Asilo Maternal n.º 2 y la del n.º 1, que está á punto de terminarse.

No era, pues, de suponer que una comisión que hace una administración tan honrada, llevase sus economías al extremo de hacer padecer hambres á los habitantes de uno de sus asilos.

Nuestro denunciante lo afirmaba así, y nosotros que recogimos la denuncia con las reservas del caso, ayer tratamos de confirmarla en la visita de la referencia. Desde la cocina del Asilo de Mendigos, pasando por las salas, dormitorios, enfermerías, baños y letrinas, talleres, comedores, carnicería y depósito de comestibles llegamos hasta las habitaciones de las hermanas de caridad de la orden de San Vicente de Paul, que tienen á su cargo el establecimiento.

Especialmente examinamos la cocina, carnicería y depósito de víveres, probando en la primera los alimentos que se dan á los desamparados que van á aquel Asilo voluntariamente ó contra su voluntad.

Vimos la preparación de los asados y de las comidas de la tarde, así como los fideos, arroz, azúcar, aceite, grasas, vinos, harinas, y demás comestibles ó artículos

de consumo que se emplean en la condimentación de las comidas.

Todos ellos son de primera calidad, responden por lo menos á un buen régimen de alimentación.

No creemos, en vista de todo ello, que en el establecimiento que nos ocupa se trate á los asilados haciéndoles sufrir estrecheces y privaciones.

Las denuncias que se hacen, tienen su explicación, según nos lo dijeron los señores Jackson y Lacueva, en la circunstancia de estar casi todos los asilados contra su voluntad en ese Asilo; al que la Policía á pedido de la Comisión de Caridad, remite á todos los mendigos que pululan por la ciudad.

Estos hombres ó mujeres, naturalmente están agraviados contra el establecimiento, aunque en el caso les falta, pues se les da además, del desayuno por la mañana, un almuerzo de sopa, puchero y guiso con arroz á las 10 de la mañana y una comida con otros tres platos y su ración de vino por la tarde, un lecho que sería envidiado por muchos con su colchón elástico, dos sábanas, un jergón, colchon de lana, dos sábanas, una frazada y una colcha, todo ello limpio y aseado como los trajes que concede el establecimiento.

La señora superiora, de esto nos dijo que era cierto que algunos rechazaban la carne, pero que esto es porque, los que proceden así, son tan viejos que ya no tienen dientes y no pueden masticar bien, y no por mala calidad de aquella, que diariamente se recibe en cantidad de 21 arrobas.

En todo el asilo de Mendigos se nota un aseo prodigioso, siendo sus salas y comedores perfectamente ventilados, higiénicos sus lavatorios, baños y demás reparticiones del servicio.

El edificio construido en la época de Oribe para colegio, destinándose de años después de 1840 á cárcel pública, no es del todo apto para los servicios que hoy presta, aunque sin embargo, con las mejoras que en él se han introducido ofrece comodidades á los asilados.

La parte de los hombres consta de 3 salas en el primer piso, 3 en el segundo con la enfermería y 2 en el piso, en el que también se halla el comedor.

En esas salas actualmente se alojan 103 hombres.

La parte del edificio destinado á las mujeres consta de 6 salas, 3 en el primer piso y 3 en el segundo, con toda independencia del departamento de los hombres. En aquellas se alojan 83 mujeres, y 14 muchachas menores de edad, depositadas por órdenes de los señores jueces.

Vecino á estas se hallan el cuarto de servicios y sala que ocupan las 16 hermanas de Caridad que tienen á su cargo el establecimiento.

El lujo que se decía que estas tienen en sus dormitorios, no existe en manera alguna, pues en una sala de unos 20 metros de largo, no se ven más que 10 camas; con sus ropas muy blancas, así sí, y unos pequeños armarios para guardar sus ropas, pudiéndose decir con propiedad que son más confortables las habitaciones de los mendigos que las de ellas.

La superiora, que es la hermana Josefa, na que hace once años se encuentra á cargo de dicho asilo, nos manifestó que del establecimiento no salen más raciones que para tres individuos: el quitatero, de la casa, el sereño de la misma y el portero del Asilo Maternal n.º 4, casi anexo al de Mendigos, y que también visitamos.

En el se halla, además el Colegio de San José que las hermanas dirigen, y que tiene

una asistencia de 400 alumnos de ambos sexos.

Careemos de espacio para entrar á hacer su descripción, y con el objeto de hacer pública la manifestación del Sr. Jackson referente á la concurrencia de los seminaristas á la quinta del Asilo, que es la de la sucesión Masañez, arrendada por la Comisión de Caridad para suministrar verduras y legumbres á aquel, y situada á unas 4 cuadras de distancia.

Es cierto que los seminaristas concurren á esa quinta una vez á la semana dijo el Sr. Jackson, pero es con mi consentimiento, llevando ellos, el día que se permite esa expansión las provisiones que consumen sin que salga una sola del Asilo de mendigos.

No podemos dudar de la palabra del Sr. Jackson y creemos lo que nos asoberó. Nuestra denuncia, pues, se ha basado en algunas exajeraciones, explicables en los asilados que como lo hemos dicho están allí contra su voluntad, proferiendo la vagancia y el atorrantismo en las calles á la vida relativamente confortable que nuestra caridad les ofrece.

Satisfechos del resultado de nuestra visita al Asilo de Mendigos á las dos de la tarde nos retiramos de él, agradeciendo á los señores Jackson y Lacueva las atenciones que nos habia dispensado, lo mismo que á las hermanas que nos acompañaron en nuestra escursión por todo el establecimiento, que en verdad honra á la Comisión de Caridad que lo sostiene en el buen plan en que se halla.

Lo reducido de nuestras columnas nos impide entrar en mayores detalles.

Reportero.

TOROS

LA SEGUNDA DE «LA ÚLTIMA».

Con mucha tierra me fui

Caminito de los toros.

A presenciar la segunda

De Mazzantini y los otros.

que, por renuncia que del cargo hizo el Sr. Mald, presidia el Capitán de Artillería Sr. Pedro Cazenave;

A las cuatro menos diez minutos, cuando los toreros del sol y de la sombra estaban castillos, habiendo mis concurrencia aquel que en este, porque todo era sombra.

S. E. ordenó á Sayago que diera el toque de clarín llamando á la cuadrilla al redondel en el que nadie apareció, porque aun faltaban los matadores, que no tienen obligación de estar en la plaza hasta la hora precisa señalada para el comienzo de la corrida.

Repetióse el toque á las cuatro y aparecieron los decados diestros, con vistosos y elegantes trajes, pasando instantes después á ocupar sus puestos de combate.

Después abrió la puerta del toril, y salió al redondel el primer Matador de los bautizado por Víctor, de pelo castaño oscuro, cardeno en la cara, corni abierto y de bonita estampa.

El Torero y Corito le hicieron los primeros honores con el capote, y «tanchos» que sabía más que los toreros, pues era de muy mala intención, se fué derecho al arenero de Badilla, recibiendo de este una buena puya. Agujetas le puso otra superior, sufriendo una caída, viéndose al Torero al quite.

Agujetas mojó una vez más, y dos Badilla, estando al quite Mazzantini, y pasando después á baquerillas.

Tomás hizo dos salidas falsas con los

palos, doblado á que el bicho se quedaba, y por fin pudo poner un par de media vuelta, algo malo, pero no tanto como el que Bernardo Hierro cogió á «tanchos» en el pocuero.

Previo otro par bien puesto por Tomás, «tanchos» pasó á las manos de Mazzantini, el que después de brindar «por el señor Presidente» la buena moza, se cuadró frente á él, le dio dos patos por la derecha, otros dos de pecho y uno natural, arrancándose en corto con un volapió hasta la mano, que hizo caer al bicho frente al palco de la presidencia, sitio en el que el Jaro acortó á la primera con la puntilla.

Palmas á Mazzantini y al Jaro, mientras que

Las multas consabidas
 A «tanchos» se lo llevaban,
 A dormir sueños de justos
 De Dios en la santa gracia.

Salió al redondel el segundo de lidia llamado «Pretencioso», cardeno claro, corni abierto, de pinta hermosísima y ligero de pies.

Agujetas con un puyazo por todo lo alto rompió la vara, estando al quite, sereno, con voluntad y oportuno, el simpático Luis, que oyó palmas merecidas.

Mojó Agujetas con una buena, Badilla con una magnífica, Agujetas con otra con caída—el Torero al quite—y con otra más en que perdió la sardina, que por mal servicio de plaza permaneció con vida en el redondel hasta la muerte del cornopelo, que a esta instante, en el encarniñado, iba á mortificarle con sus pitones.

Lo adornaron el morrillo con los palos, Cangrena con un par soberbio, en su sitio, y una par Regaterillo con otro magnífico entrando muy bien, y por fin Cangrena con otro de media vuelta, de aquellos que hacen agitar las manos.

El Torero vestido de herencia y oro (no Obes), dió á «Pretencioso» dos patos naturales y uno de pecho y se fué con una estocada buena, pero corta.

Sin estar en suerte, y muy precipitado, le pinchó con otra caída, que hubiera sido la última á no estar el animal tan descompuesto de la cabeza.

Un descabello bueno, puso fin á la vida de «Pretencioso», al que después de los trámites de estilo en las prácticas tuvieron enterratorias sucedió en el redondel.

El primero de la tarde
 Noble, y de cana dorsal,
 Y llamado «Cacharrillo»
 En la pila bautismal.

Era horrendo de pelo, ensabanado, capiroto y botinero, bien puesto de cuernos, en mal estado de carnes, fisco sí, pero de aspecto noble.

La gente de á caballo, Badilla y Agujetas mojaron con 0 puyazos, sufriendo una caída el primero y dos el segundo, estando al quite Mazzantini y el Torero.

Dos areneros fueron enviados al otro mundo, y por el mal servicio que hubo en la plaza «Cacharrillo» salió en un desahogado en el callejón de la salida de picadores, al que bonitamente se coló, en contrando la puerta abierta.

Regaterin, andando hasta la casa del bicho lo adornó con un buen par de palos; con un medio muy feo Tomás, y con otro medio y uno por la derecha excelente Regaterin.

Mazzantini se encargó de la muerte, dándole un pase natural, dos preparando en pecho, y uno en redondo, tirándose en seguida con una media estocada que le sobró á «Cacharrillo» para cantar para el carnero al primer puntillazo del Jaro.

En su corta vida dió muerte á dos jamaicos.

«Salamanguino» llamábase,
 El otro bicho español

querer ni para casarse está Paulina; clara me era ya la razón porque el Doctor Ceneri había estipulado que el marido de Paulina se contentase con tomarla como era, sin inquirir acerca de su vida pasada: para Paulina, mi esposa, mi amor, no existía el pasado!

O, por lo menos, no existía el conocimiento del pasado.

Lentamente primero, íntegra luego y á pasos veloces vino á mi la verdad.

Ya sabía yo ahora como explicarme la mirada enigmática y extraña de aquellos hermosos ojos; ya sabía yo ahora la causa de la indiferencia y apatía de la mujer á quien amaba.

Bello como la aurora era su rostro; perfecto era su cuerpo como una estatua griega; apacible y suave era su voz; pero aquello que anima y colora todos los encantos, la fazon, le faltaba!

¿Cómo podrá yo describirlo?
 Locura es algo enteramente diverso de su estado; imbecilidad, menos aún; no encuentro palabra propia para pintar aquella rara condición mental.

Era solamente que faltaba algo de su inteligencia, tan por entero como puede faltar del cuerpo un miembro.

Memoria, salvo de sucesos comparativamente cercanos, no parecía tener ninguna.

La facilidad de raciocinar, comparar y deducir estaba al parecer negada; dijérase que era incapaz de darse cuenta de la importancia ó trascendencia de lo que sucedía á su alrededor.

No creo que le fuese dable sentir gozo

de pelo castaño claro

Y de cuernos bien mogon.
 De estos era, además, bien abierlo, siendo su estado de cámes regular, y de pies muy ligeros.

El público pidió la garrocha, y Corito, mejor preparado que el domingo anterior, dió el salto con bastante soltura y elegancia.

Cantares y Cirilo, de 2ª tanda, mojaron con cinco puyazos, que los merecieron palmas.

Mazzantini, en seguida haciendo una pirueta, pues «Salamanguino» no era apto para lidiar con sus proezas, por el estado de cornamenta mogona, aunque llamada, le adornó el morrillo con un soberbio par de palos de á cuarta, que lo mereció una estruendosa ovación, del sol especialmente.

Corito y Galea pusieron un par cada uno, y «Salamanguino» pasó á la última faena, de la que se encargó el Torero.

Lo pasó tres veces y se fué con una corta bien señalada, pero sin resultados.

Citando á recibir volvió á tirarse con una que pinchó en hueso, y marcando paso atrás, con alguna precipitación, previó dos patos naturales se fué con una media estocada muy superior por todo lo alto, aunque algo corta á la derecha.

El animal cayó, y mientras las palmas, se hacían oír para el Torero, el Jaro acortaba á la segunda echando á la fiera al otro mundo.

Y apareció «Farolero»,
 Negro, corni-abierto, armado
 Mansurron de cuello corto,
 Con cara de bucy cansado.

Y no fué al corral, porque era toro español, y por que Mazzantini no se ofreció á pagar un sustituto, comolijo eso en la corrida anterior.

Aposar de su mansedumbre «Farolero» tuvo en poligro á Corito, salvado de una cogida por Galea.

De reillon, pero rompiendo una vara de Cirilo, recibió cuatro puyazos, quedando después en las mismas condiciones que el 6º de lidia de la 1ª corrida.

El Torero le adornó con un par de palos á cuarta, y Bernardo Hierro, muchacho simpático y de trabajo, con otra de media vuelta cayó.

Mazzantini, después de largas y penosísimas fatigas, le dió 0 patos y le pinchó una vez un hueso, otra mas en las mismas condiciones tirándole muy bien, y previo otro pinchazo se fué con un volapió bueno hasta la pala, contrario y bajo, hiriendo al animal en el brazuelo.

No por ello «Farolero manso», manso, pero perteneciente á la categoría de los toros que acaban en los buenos toreros, dió señales de querer morir, causa por la Luis le descabelló bonitamente. En el suelo dió el fin que merecía el aplaudido Jaro.

A «Petaco» muy bizarro.
 Lo dió delgado salda;
 Como era el sexto, con él
 Tuvo su fin la corrida.

De cara mala, cardeno oscuro, corni-abierto y de muy buena estampa, como si un verdadero Miura, recibió seis superiores puyazos, de Cirilo y de Cantares, sufriendo este una caída de las de órdago.

Cangrena y Regaterillo le banderillaron con un par el primero y dos el segundo, pasando después á manos del Torero que le mató... no sabemos como, pero por temor á la confusión de los carruges abandonamos la plaza antes de que apareciera el bravo «Petaco».

En resumen la corrida fué buena, apesar de que el ganado talvez por la freta

MISTERIO....

NOVELA ORIGINAL ESCRITA EN INGLÉS
 BAJO EL NOMBRE DE

Called Back

POR HUGH CONWAY

Traducida al español por José Martí

brascos y súbito con que aquella mañana habia sellado su suerte, mas brusco para ella que para mí, porque yo sabía al menos que la amaba.

Yo también dejé al cabo de hablarle; y el tren rodaba, y horas y leguas pasaron penosas, sin que los tristes novios, sentados uno junto á otro, cambiasen una sola palabra, una sola caricia; ¡extraña situación! ¡extraño viaje!

Y por valles y montes, desprovistos á mis ojos de toda memoria, rodaba el tren ligero; por valles y montes, hasta que comenzó el crepúsculo á velar con su sombra el moribundo paisaje; y yo miraba con ojos inquietos á la apática y seductora criatura sentada á mi lado, pensando con angustia en la existencia que para ella y para mí tal vez se preparaba; mas no perdí toda esperanza, aunque el golpeo monótono de las ruedas del tren sobre los rieles, llevando el alma en aquella hora oscura á un fantástico sueño, parecía repelir sin cesar aquellas agrias palabras

la viela Teresa: «Ni para amor ni para matrimonio está Paulina; ni para amor ni para matrimonio».

Sombria era ya la noche afuera; y al ver con que extraña serenidad resplandecía la luz misteriosa del wagón el puro rostro blanco de mi compañera; al observar atentamente aquella expresión que no cambiaba nunca, aquella palidez igual y hermosa, comencé á temer que estuviese envuelta en una armadura de hielo que ningún amor podría acaso deshacer.

Postroado entonces, y oprimido el espíritu, caí en una especie de sopor, y lo último que de aquella amarga velada pude recordar hasta el instante en que cerré los ojos, fué que, apesar de mi resolución, tomé aquella mano blanca, descuidada y fría entre las mías, y mientras dormí la tuve en mi mano.

¿Sueño? Si, aquel fué sueño, si lo es lo que no es capaz de descansar ¡Nunca, desde la noche en que lo í, habia yo recordado con tanta claridad aquel tremendo gemitido de mujer; nunca habian estado tan cerca mis sueños de la realidad del espanto que aterró aquella noche, años atrás, al pobre ciego!

Gran alivio sentí cuando aquel grito tan azulado, y siguió subiendo, hasta que al fin vino á parar en el silbido estridente con que anunció la locomotora que estábamos ya cerca de Edimburgo.

Abandoné lamano de mi esposa, y vi á mi querido.

Muy vitido debió ser aquel sueño, porque al despertar de él, el sudor me inundaba la frente.

Como nunca habia estado en Edimburgo y deseaba ver la ciudad, tenía hecha intención de pasar en ella dos ó tres días. Sugier esta idea durante el viaje á mi esposa, quien la aceptó de tan desahogada manera que no parecía sino que tiempo y lugar le eran cosas punto menos que indiferentes. ¡Nada, creía yo ya, nada despertaría su interés!

Fuimos al hotel y cenamos juntos. Los que nos hubieran visto habrían podido creer que á lo sumo seríamos amigos, pues no era nuestro trato más íntimo que el que la cortesía permite á un caballero que se halla incidentalmente en relación con una señora. Paulina me daba gracias por cada una de mis pequeñas atenciones, y de esto no se excedía. El viaje habia sido largo y penoso, y parecía fatigada.

—Estás cansada, Paulina, dije; ¡descansas ir á tu cuarto!

—Estoy muy cansada, me respondió casi dolosamente.

—Hasta mañana entonces. Mañana te sentirás mejor, y saldremos á ver las cosas famosas de la ciudad.

Se puso en pie, me dió la mano, y me deseó las buenas noches.

Y mientras ella se recogía en su aposento, salí yo á vagar por las calles, en que ya el gas espárcia su viva luz, recordando, lleno el corazón de pena, los sucesos de aquel extraño día.

¡Marido y mujer! ¡amarga burla de las palabras! porque en todo, fuera de los lazos legales, ¡estábamos Paulina y Yo tan apartados como aquel día en que la vi en Turin por la primera vez.

Y, sin embargo, aquella mañana habíamos jurado amarnos y atendernos el uno al otro hasta que la muerte quisiera separarnos.

¡Por qué habia obrado yo con tal aturdimiento, y creído á Ceneri bajo su palabra!

¡Por qué no habia esperado hasta cerciorarme de que Paulina me quería, ó por lo menos de que no estaba enteramente privada de la facultad de querer!

Me hablaban el corazón aquella insensibilidad é indiferencia ajenas.

Habia cometido una torpeza irreparable: debía soportar sus consecuencias.

Pero todavía esperaba; esperaba, particularmente, en lo que la luz del nuevo día pudiera hacer sentir á aquel adormecido corazón.

Anduve de un lado á otro largo tiempo, reflexionando en mi extraña posición, hasta que al fin volví al hotel y me retiré á mi aposento; que era uno de los que habia reservado para nuestro uso, y quedaba al lado del de mi esposa.

Alegré de mí, en cuanto me fué posible, mis esperanzas y temores, y fatigado por los acontecimientos del día dormí hasta la mañana siguiente.

No visitamos, no, los lagos, como habia yo imaginado.

Dos días me habian bastado para comprender toda la verdad, todo lo que me era dado saber, todo lo más que acaso llegaría yo á saber nunca sobre Paulina.

Ya era clara para mí aquella frase extraña que me repelia Teresa: «Ni para

querer ni para casarse está Paulina»; clara me era ya la razón porque el Doctor Ceneri habia estipulado que el marido de Paulina se contentase con tomarla como era, sin inquirir acerca de su vida pasada: para Paulina, mi esposa, mi amor, no existía el pasado!

O, por lo menos, no existía el conocimiento del pasado.

Lentamente primero, íntegra luego y á pasos veloces vino á mi la verdad.

Ya sabía yo ahora como explicarme la mirada enigmática y extraña de aquellos hermosos ojos

